

su descanso y consuelo particular, é hizo voto de proseguir cuanto era de su parte, hasta morir en la demanda de las misiones y granjería de las almas, como deseaba; porque solia decir que se tendria por muy desdichado si muriese en la cama con sosiego; que este es género de morir con mucha sorna y entrar en el cielo paso á paso y no de corrida, como entran los que dan por Cristo sus vidas.

Fué tan agradable al Señor esta santa resolucion y voto, que desde entón-ces le comunicó Su Divina Majestad extraordinarios consuelos en los trabajos que se le ofrecian, de manera que no parece que los pasaba ni sentia, sino que todo era gusto y suavidad que llenaba su bendita alma, y de ella se derivaba al cuerpo y á todos sus sentidos y potencias; y juntamente lo quiso su infinita Majestad honrar, dándole, en cumplimiento de sus deseos, que muriese por su amor á manos de los indios apóstatas, confirmando con el der-ramamiento de su sangre la fe y doctrina que tanto tiempo entre tantos tra- bajos habia enseñado á tantas y tan diferentes naciones.

Viniendo de la nacion y tierra de los jiximes, adonde entón-ces tenia su doctrina, á Guadiana, con intento de pasar de allí á dar principio á otra mi- sion de los yaquimes, que pedian ser bautizados y enseñados en la ley de Cristo; caminando de paso por el Cape, á celebrar la fiesta de la Presenta- cion de nuestra Señora con los demas misioneros que allí se habian de jun- tar, llegado al pueblo de Yoracape, fuése para la iglesia á decir Misa, hacien- do tocar la campana para llamar á la gente; pero entrando en la iglesia la halló profanada, maltratado el altar, arrastradas y desfiguradas las imágenes, y luego con grande dolor de su corazon sospechó la mudanza y apostasía de los tepeguanes, y se partió de allí prosiguiendo su viaje; pero no le aprove- chó, porque al son de la campana acudieron los indios apóstatas, y ponién- dose al paso en celada, en llegando el santo varon, con grande violencia é inhumanidad le derribaron en tierra; y, preguntándoles el Padre con grande serenidad y blandura, ¿qué mal les habia hecho porque así lo maltrataban? ellos le respondieron que ninguno; pero que harto mal era ser Sacerdote cristiano y enseñar la fe de Cristo en aquella tierra, por lo cual habia allí de morir: y, diciendo y haciendo, le dieron un palo tan desaforado en el cerebro, que le sembraron los sesos por el suelo, invocando el santísimo varon el dulce nombre de Jesus.

Acudieron con otros muchos golpes y heridas hasta quitarle la vida, des- pojándole ántes de espirar de sus pobres vestidos, dejando su sagrado cuer- po desnudo de ropa y de tierra, que no se pudo enterrar en mucho tiempo.

Fué esta muerte del P. Hernando de Santaren muy sentida y llorada, no solamente de los españoles é indios católicos que le veneraban sobremanera,

pero aún de las mismas indias tepeguanas, mujeres de los matadores, que las lastimó mucho la crueldad bárbara de sus maridos, especialmente con un tan santo é inculpable varon que ántes los habia doctrinado y ayudado en todo, haciendo con ellos oficio de verdadero Padre.

Este fué el glorioso fin de estos ocho dichosos mártires del Evangelio, dando su sangre y sus vidas en confirmacion de la fe, que con tanto celo y tan á costa suya predicaban, y este pago recibieron de aquellos por cuya salvacion tanto habian hecho, por haberse los pobres dejado engañar de los engaños y mentiras del demonio: del cual quejándose despues los indios apóstatas, que no les cumplia como les habia prometido que habian de triun- far de todos los cristianos, y que los que de su parte muriesen persiguiendo á los que tenian la ley de Cristo, resucitarian despues de siete dias, con otras prosperidades falsas; respondió que peleasen perpétuamente, porque él no podia más, que le resistian y clavaban la artillería los de corona, confesando por fuerza el padre de las mentiras, que la buena diligencia, oraciones y ce- lo de los de la Compañía que trabajaban en aquellas misiones, resistian á sus malos intentos, y eran contrayerba de su veneno, y especialmente le ata- jaba los pasos la intercesion de los santos Padres mártires en el cielo, que no podian olvidarse de aquella tierra regada con su sangre.

Muy principalmente se vió este efecto en los indios que doctrinaba el P. Hernando de Santaren, los cuales fundados como sobre piedra firme en la doctrina saludable de su maestro, y alentados con su intercesion, estuvie- ron tan constantes en la fe que habian recibido, que ántes eligieron padecer guerras, hambres y muertes de los infieles rebelados, que faltar un punto en ella, como les persuadian.

Todo esto se ha sacado de los *Anales de la provincia de Méjico*.

Gerardo Montano tiene en su *Centuria* este epígrama de este dichoso Pa- dre, al cual celebra así:

*Aere dum volitans libitina immitis aperto  
Saevit, et instigiis horrida fertur equis,  
Illisoque caput spargit patris omne cerebro,  
Alipedes sistens aethere Phoebus ait:  
Ite, pio mystae pro rapta serto corona  
Reddite, et Elysium ian populate nemus.  
Flammiferisque caput dignum rutilare pyropis  
Perpetuo circum tegmine laurus eat.*

P. NIEREMBERG.

## P JUAN AGUSTIN

HAME parecido hacer memoria de este gran misionero, y para ello referiré lo que dice de él el P. Andrés Perez en su *Historia de las misiones de Cinaloa*, lib. II desde el cap. IV, en esta manera:

«Aunque el tiempo que este ministro evangélico se empleó y trabajó en esta empresa y mision de las Parras ó Laguna Grande de S. Pedro lo quiso Dios abreviar dentro de muy breves años, despues que comenzó á sembrar en ella la doctrina del cielo; al fin la sembró, y no lo podemos privar de la gloria de fundador de esta cristiandad, entrando en ella por los años de 1594. Y aunque tampoco su muerte fué violenta á manos de tiranos, pero fué por padecer grandes trabajos y con ellos la muerte, y por predicar á los que estaban en tiniéblas el Evangelio de Cristo y darles conocimiento de su divina redencion. Y la forma con que dió principio á esta obra, la sacaremos de carta propia, en que dió cuenta á sus Superiores de su mision.

«El primer pueblo, dice en una de ellas, á que llegué de indios zacatecas, está situado al pié del que llaman los españoles *Cerro gordo* por su grandeza y altura.

«Sabido el Cacique de mi ida, salió con algunos otros suyos á recibirme, y á buen trecho ántes de llegar donde yo estaba, se apearon de sus caballos, de que ya usan con la cercanía de los españoles, y con gran reverencia llegaron á recibir la bendicion, dándome la bienvenida y diciéndome que se alegraban mucho con ella. Yo se lo agradecí lo mejor que pude, y, por ser ya de noche, me quedé con ellos en aquel campo.

«Llegamos otro dia al pueblo ó rancherías donde estaba toda la gente recogida, y salieron en procesion á recibirnos con muestras de mucho amor, y así fuimos á un modo de iglesia que tenian preparada, y habiendo hecho oracion, pidiendo á nuestro Señor diese feliz principio al bien de aquellas almas, los despedí.

«El dia siguiente, que era domingo, se hizo la dedicacion de la pobre iglesia, poniendo en ella una muy hermosa imágen de la Asuncion de la Virgen y otras dos de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, para que debajo de la proteccion de la Reina de los ángeles y de los gloriosos Apóstoles creciese el edificio espiritual de estas almas.

«Levantamos tambien una campana que llevábamos, y, despues de haber

cantado algunas oraciones en lengua zacateca, se dijo la primera Misa, con admiracion de los gentiles, que nunca tal habian visto.

«Desde este dia se comenzó á entablar la doctrina cristiana, á que acudian todos con mucho contento mañana y tarde, y la tomaron tan de corazon, que de noche los oíamos que en sus casas se estaban enseñando unos á otros, y aún acuden á Misa cada dia.

«Hallé en este paraje algunos cristianos que se habian bautizado, pero sólo lo eran en el nombre, porque ni sabian, ni tenian memoria de quien los hubiese bautizado, ni constaba por escrito, y en las costumbres, en abusos y ceremonias, eran tan gentiles como los demás. Para asegurar y revalidar el bautismo y matrimonio de estos, hice las diligencias que me parecieron necesarias.

«Uno de ellos fué el cacique del pueblo, viejo de unos ochenta años, y otros tres ó cuatro de la misma edad, con otros más mozos, y entre estos el hijo del cacique, dejándolos muy informados en las cosas de la fe y obligaciones de cristianos. A los gentiles adultos no traté de bautizar hasta su tiempo, sino sólo unos cuantos niños de muy poca edad.

«Ha puesto nuestro Señor en el corazon de esta gente una grande estima del bien que por medio de los Padres Sacerdotes les ha venido y esperan. Están en este buen dictámen que, pues ya Dios les ha vehido á visitar y les ha hecho tanto bien de enviarles un hijo suyo, que así llaman al Sacerdote, para que los enseñe y guie al cielo, y los haga tambien hijos suyos; que ya de aquí adelante han de dar de mano á sus vicios y pecados, y dejar los bailes y borracheras; y despues que entré en este pueblo, lo van guardando sin que haya rastro de esto.

«Un indio de los más principales del pueblo de los cristianos, que dije, me vino á pedir que le confesase, y habiéndolo hecho con mucho dolor y sentimiento, me dijo: «Padre, yo solia ántes que tuviéramos nueva de tu venida, embriagarme cada dia mañana y tarde, y andar tan fuera de juicio como si fuera un loco, sin acordarme que era cristiano, ni de Dios, y con esto hacia otras mil maldades; pero cuando llegó la nueva de tu venida á este pueblo, sentí que me decian en mi corazon, que ya no habia de embriagarme más, pues venia un Padre por cuyo medio habia de salvarme; y aunque tuve gran dificultad, con todo me determiné de tal manera á dar de mano á mis vicios y pecados, que há cuatro meses que ni he bebido vino ni hecho otro pecado. Por tanto ruégote, Padre, que mires por mi alma. Yo le animé, y procede muy bien.

«Con la voz que corria hasta la Laguna de lo que en este pueblo pasaba, vinieron muchos caciques á verme, como una maravilla de ver Padres en su

tierra. Pidiéronme con instancia fuese á sus pueblos, en particular tres indios principales del rio de las Nasas, haciéndome instancia apresurase mi ida, porque corria enfermedad de que morian muchos niños y otros mayores, y que no les daba tanta pena que muriesen, como que muriesen sin ser cristianos, ni poderse salvar, segun lo habian oido decir; y añadió uno de ellos:

«Bien sabemos que no vienes á buscar oro ni plata, como los mineros, sino solamente la salud de nuestras almas y llevarnos al cielo, y, pues ese es tu deseo, no repares en nuestra pobreza y falta de vestido que traemos; pues valen más que eso nuestras almas.»

«¿A quién no convencieran las razones de este indio aunque bárbaro? Partí á la mañana y ellos delante enviaron aviso de mi ida: llegamos al poner el sol al pueblecito, salió la gente á recibirnos casi un cuarto de legua, con notable contento. Entramos todos en la forma de iglesia que tenían hecha, bauticé diez y siete ó diez y ocho niños y niñas, apretados de la enfermedad. Confesé algunos adultos cristianos que estaban aquí retirados, y no se habian confesado en su vida, lo cual hicieron con mucho dolor y sentimiento de sus pecados.

«Aquí vinieron á verme otros caciques comarcanos acompañados de su gente, y todos de mancomun me propusieron que se querian congregar y hacer un pueblo grande, si yo quería hacer asiento en él; á los cuales respondia dándoles buenas esperanzas. Detúveme en este puesto tres dias enseñándoles la doctrina cristiana en lengua zacateca, con no pequeña admiracion suya.

«Volví al primer pueblo, y, con no haber hecho ausencia más de los tres dias, salian á recibirme como si hubiera mucho tiempo que no me veian. Y diciéndoles yo que me habia parecido muy bien el puesto de donde venia, el cacique de este respondió, que así él como toda su gente se irian tras mí, aunque dejasen sus tierras, que más que ellas valia la salvacion.

«Esta es la disposicion que he hallado. Dios nuestro Señor, que ha sido servido por su misericordia dar tan buen principio á esta mision, se sirva de llevarla adelante para su mayor gloria.» Hasta aquí la carta del P. Juan Agustin.

Y no es mucho que enseñase la doctrina en lengua zacateca, porque habia nacido de padres honrados y hacendados, y criándose en el insigne real de minas de plata que está en tierra de los zacatecas, donde habitan muchos españoles.

Para escribir de sus virtudes admirables y de los trabajos que padeció en esta mision, me valdré de otra carta del mismo P. Juan Agustin, que escribió estando en ella á otro de la Compañía, hablando con él familiarmente; porque ella es una imágen de la virtud, fervor y caridad de este ministro

evangélico, y de edificacion para los que son llamados á este santo empleo y ministerio de la salvacion de las almas. Despues de las salutaciones comunes, dice así la carta:

«Fuera del continuo ejercicio de la doctrina y catecismo, le tengo en bautizar y confesar, casar y pacificar, no sólo á naturales sino á extranjeros y españoles, donde se ofrecen las ocasiones, y todo lo hago con mucho gusto y confusion mia, de ver cuán llenas me da las manos nuestro Señor en que servirle, y cuán mal y poco me dispongo á ser instrumento de Su Divina Majestad para salvar las almas. Guerra me hace el demonio, y algunas veces muy cruda.

«Pocos dias há me vi tan lleno de tedio, tristeza y sequedad, que *taedebat iam animam meam vitae meae*. ¡Oh qué paciencia y confianza en Dios es menester para estos ministerios! ¡Qué no hay de ocasiones! ¡Qué soledad! ¡Qué caminos! ¡Qué despoblados! ¡Qué hambres! ¡Qué aguas amargas y de mal olor! ¡Qué serenos y noches al aire! ¡Qué soles! ¡Qué abundancia de mosquitos! ¡Qué espinas! ¡Qué gentes y niñerías con ellas! ¡Qué hablas y contradicciones de hechiceros! Mas si todo fuese flores, mi Padre, ¿qué nos quedaria que gozar en el cielo? Hágase en mí la voluntad del Señor. En ella quiero andar y no en la mia perversa. En sus manos que puso en la cruz, y no en las mias pecadoras. Y así quedó animado á padecer, hasta que venga el Angel que hubiere de ser mi compañero. Venga en hora buena y padece rá mucho, y llevará almas á Dios, y consolarme há, alentarme há, ayudarme há y servirle hé, respetarlo hé, obedecerlo hé y amarlo hé; pues que con otras almas ayudará la mia á caminar al cielo por la misericordia de Dios.

«Cada dia espero la muerte, y para recibirla pido á mi Dios el espíritu con tribulado, corazon contrito y humillado; que con esto el sacrificio de mi alma le será acepto.»

Hasta aquí la carta de este siervo de Dios, que aunque breve, en ella tenemos estampada y escrita su vida, y tal que cada dia esperaba la muerte. Se conoce su espíritu apostólico en desear ser digno instrumento de Dios para llevar almas al cielo; su humildad, en el corazon que ofrece á Dios contrito y humillado; su obediencia, sujetándose desde luego, no sólo á sus Superiores, sino al que le dieren por compañero; su pobreza evangélica, ejercitándola en comida y en una tierra, donde no habia otra que la bárbara y grosera de plantas silvestres y animales y sabandijas: la bebida de ciénagas, ó de zumo de magüey silvestre y peregrino al uso humano; el celo de la salvacion de las almas, tan constante y fervoroso, que ni lo apagaban las aguas heladas de la Laguna, en las cuales entraba desnudo hasta los pechos, para socorrer algun alma de las muchas que habitaban en aquellas isletas; ni

los vientos ni los hielos de las noches frías lo emperzaban para obras santas.

Su pureza de vida bien se deja entender, pues era como de quien esperaba, como él dice, cada día la muerte, y vivía en continuo deseo de hacer de su vida sacrificio puro, agradable á Dios; y finalmente, la carta de este insigne varón está exhalando una ardentísima caridad, que no se quedaba en el papel ó en las palabras, sino que se practicaba en las obras, arriesgando la vida por el amado, y padeciendo con mucho gusto trabajos. Y luego hace el catálogo de ellos, aunque brevemente referidos, en los cuales acabó su vida, que aunque no la rindió á las flechas y macanas de los indios; pero los que padeció en plantar la fe en esta tierra que se puede llamar destierro, y dar principio á la misión de Parras y naciones comarcanas, donde había doce mil indios, fueron tales que, aunque le cogieron en la flor de su edad, y á los treinta años de ella, y cuatro después de su predicación evangélica; le derribaron de suerte que, sin dar lugar de aviso á algún Padre que le asistiese y curase, dió su alma á su Criador con una muerte muy semejante á la con que remataron sus vidas varones santísimos desterrados por la fe; pues por predicarla y dilatarla murió este gran siervo de Dios en tanto desamparo, en un pueblecito de sus indios, hijos que había engendrado en Cristo, y de sólo alguno de ellos acompañado.

Bien podemos entender que las almas de los que él había enviado delante al cielo, le saldrían á recibir cuando allá entraba, obligadas á darle las gracias del incomparable beneficio que por su mano habían recibido.

Los que quedaron en la tierra, fué con tan tierno sentimiento y memoria de su Padre, que no se olvidaban de ella: y más en su patria, la ciudad de Zacatecas, estaba tan fresca y tan fragante el olor de sus virtudes, que el título con que lo nombraban, era el Ángel del P. Juan Agustín.

Tal había sido la pureza de vida que había mostrado en esta ciudad cuando se crió en ella, y después resplandeció tanto más en su misión de las Parras, donde vivió y murió, que mereció este título de ángel, principalmente por haber guardado perpetua virginidad toda su vida, como testifican las *Anuas de Méjico* del año 1602, que escribió el P. Martín Fernández, su Provincial, el cual pondera mucho la caridad de este siervo de Dios, de quien dice estas palabras:

«Padeció grandes trabajos con increíble paciencia y alegría espiritual, teniendo todo por nada, á trueque de que aquellas almas que se le habían encomendado conociesen á su Criador, teniéndolas en lo íntimo de su alma, como quien las había engendrado para Cristo.

»Con este celo redujo á poblaciones y policía á las almas que tenía á su cargo: y con el mismo celo, otras veces que todos los convertidos se le

ausentaban á los montes con alboroto y armas, dejándole solo en su casilla, él con seguridad y amor paternal se iba entre ellos, y con sus amorosas persuasiones los recogía otra vez á su rebaño, atribuyendo con rara humildad y una verdad sencilla á sus propios pecados las faltas y levantamientos de sus indios.

»Con estar solo lo más del tiempo entre ellos, traía tan concertada su conciencia y vivía tan recatado, y dando tan menuda cuenta de ella por cartas á sus Superiores, como si fuera un perfecto novicio. Revolviendo ahora sus cartas con cuidado y atención, no se halla ninguna que, desde el principio hasta el fin, no esté brotando celo de los prójimos, trato continuo con Dios nuestro Señor, humildad y abnegación propia, resignación en las manos de sus Superiores junta con una muy prudente candidez, con que en sus palabras muestra la pureza de su alma.» Todo esto es del P. Martín Fernández, Provincial de Méjico.

P. NIEREMBERG.

## P. JUAN DE LA PLAZA

Las mayores maravillas de los santos son sus virtudes, y quien estas tiene, aunque carezca de otros milagros, bien merece ser admirado y venerado de todos: así lo fué el P. Juan de la Plaza, y es digno que hagamos memoria de él, por ser dechado de una sólida virtud.

Nació este siervo de Dios en la villa de Medinaceli el año de 1527, de padres honrados y virtuosos, que le criaron cristianamente, y siendo ya de edad para estudiar, le enviaron á la Universidad de Alcalá, donde dió muestras de su agudo y despierto ingenio y de rara modestia, la cual le hacía respetar de los otros estudiantes y discípulos de manera que ninguno se osaba descomponer delante de él.

De Alcalá fué á ser colegial en el colegio de Sigüenza, y allí oyó al Dr. Bartolomé de Torres, que después fué Obispo de Canarias, varón por su santidad y por sus letras muy conocido y estimado en España. Con la comunicación y doctrina de tan insigne maestro, se aventajó mucho el P. Plaza, no solamente en la sagrada Teología, sino también en la virtud y en el deseo de la perfección.